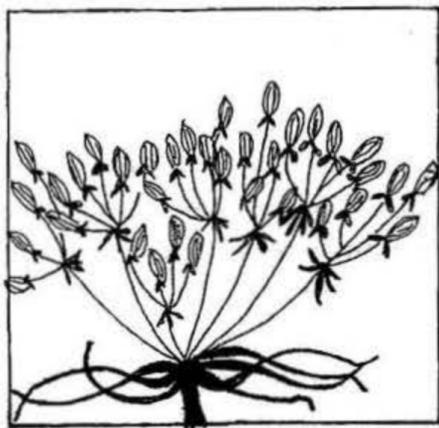


interludio lexicográfico tengan que ver con la farmacopea o el Siglo de Oro español. Poco importan los destellos teóricos, de *Insights* muy penetrantes. Importa “el placer del texto” —para utilizar la expresión acuñada por Barthes—, el gusto por la lectura, por la argumentación que apenas se sugiere. Achury Valenzuela entendía su escritura como un simple ejercicio sin pretensiones teóricas. Las notas al margen de sus libros se convertían para el —*homo ludens*— en temas de sus ensayos: “que por el momento me interesan y luego fenecen como el heno”. Esta *Cocina de la escritura* —título del *best-seller* catalán Daniel Cassany— era para Achury Valenzuela un simple procedimiento nemotécnico: “Con estas notas al margen aderezo estas páginas y las hago hasta cierto punto digeribles”.



Alimento en verdad poco o nada asimilable en el contexto colombiano. La cultura de Achury Valenzuela era vasta, pero su verdadera lección —la lección que hoy nos interesa— es su gusto por el desarrollo analítico, verdadera filigrana verbal, deslumbramiento por el lenguaje (el logos). En este sentido sí a contrapelo con la academia, gramáticas y preceptivas rancias. Prosas en que, como afirma su recopilador y prologuista Óscar Torres, “el idioma rezuma inteligencia”. El maestro de Guatavita (ensayista, glosador, exégeta, erudito, antologista, escoliasta, cronista) es en esencia un reaccionario —anacrónico intelectual, bestia prehistórica— que navega entre tajos y guadalquivires de tinta. Ni tan ingenuo, ni tan presumido: por quien haber bebido tanto licor de los clásicos, es ya, un “beodo del idioma”.

JORGE H. CADAVID

La epístola como ceremonia de purificación

Cartas apócrifas

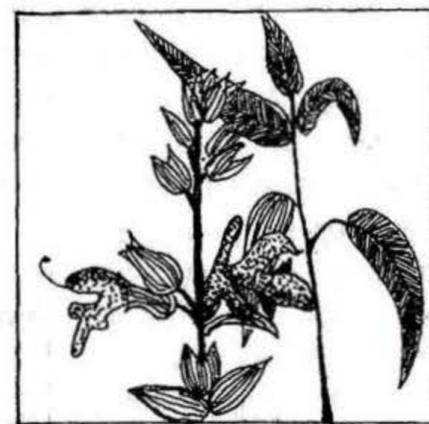
Gloria Guardia

Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 202 págs.

Irrumpir en la intimidad de una misiva dirigida a alguien que no es uno —aunque se trate de una oferta pública— estimula, de entrada, a la curiosidad. El género epistolar fundamenta su atractivo justamente en ese carácter privado, íntimo. Una vida expuesta en líneas cuyo lector ha sido previamente escogido —así al final pueda ofrecer para muchos un interés particular— es una estrategia de escritura que, espontánea o premeditadamente literaria, presupone como condición cierto grado de conocimiento entre remitente y destinatario. Nunca se descubre tanto una persona como cuando se dirige en un tono confidencial a alguien a través de una carta. Es el ejercicio de escritura que, junto al diario, pone en mayor riesgo de desnudez e indefensión al alma. Baste recordar las célebres *Cartas a Theo* de Vincent van Gogh o las *Cartas a Felice* de Franz Kafka, entre otras.

Sin embargo, el género epistolar atrae al lector con un acrecentado interés cuando, además, se advierte su condición apócrifa. “Fingir” la voz de otro supone, por parte del “impostor”, un complejo saber y una sedimentada experiencia con la palabra. Lo uno y lo otro, condiciones indispensables para alcanzar un efecto de verosimilitud apropiado, máxime cuando se invocan un espíritu y un estilo ajenos. La criatura resultante no deja siempre de sorprender, y el primer impulso es lograr poner en evidencia las costuras. Pese a lo anterior, quienes alguna vez han “cometido” el texto apócrifo suelen ser avezados maestros, conocedores hasta la médula de la figura y la voz de quien sirve como “médium”. Este es el caso de Gloria Guardia, autora de *Cartas apócrifas*, libro ganador del concurso de cuento “Bogotá, una ciudad que sueña”, 1996. Gloria Guardia, según reza

detalladamente la solapa del libro, es reconocido miembro de la Academia Panameña e individuo correspondiente de la Española y Colombiana. Su trayectoria literaria va de Europa a Estados Unidos y en su producción literaria se cuentan nueve libros y estudios monográficos. Traducida al inglés y al ruso y publicada en varios países de América, Europa y la antigua Unión Soviética, ha sido distinguida en más de una ocasión con importantes premios literarios. Ejerció además el periodismo y hoy día participa activamente como secretaria general de International P.E.N. (Organización mundial de escritores) en Colombia. Finalmente, informa la solapa, reside en Bogotá desde 1995.



Gloria Guardia demuestra con estas *Cartas apócrifas* no sólo ser “heredera de una rica tradición castiza que va de Cervantes a Borges” (pág. 10), sino dominar así mismo una vertiente literaria europea con la cual parece sentirse a gusto. Esta visión cosmopolita de la literatura se percibe en la seguridad con la que se hilvana su discurso y en la fluidez y naturalidad con las que se desenvuelven las distintas voces apócrifas, con lo cual la lectura de estos textos resulta no sólo interesante sino, incluso, conmovedora.

Este epistolario tiene como precedente, según apunta la prologuista, una obra crítico-literaria publicada bajo el título de *En la búsqueda del rostro* y agrega que ambos comparten “la visión crítica de Valéry, no sólo en el aspecto metódico de investigación intelectual sino sobre todo por la simpatía profunda que conoce, por la vía de la afectividad, hasta hacer suya la voz ajena” (pág. 13). El propósito de Gloria Guardia pareciera entonces dirigirse hacia la

indagación juiciosa de una estructura narrativa que se ajuste a su voz interior colmada de voces y de experiencias de lectura. Esto es, que bajo el aparente "juego de espejos" que plantea el oficio apócrifo, se presiente un solo espíritu, del que, finalmente, procede la consonancia interna de las seis cartas relato que componen el libro.

Siguiendo esta idea, agrega el prólogo que Gloria Guardia "rompe con la dicotomía sujeto-objeto practicada en el análisis literario" (pág. 10). Con ello se enfatiza no solamente el carácter literario que de por sí tiene la obra sino, de nuevo, el gesto crítico. Sin embargo, la autora de *Cartas apócrifas* nos presenta, más allá de una manera lúdica de llevar a cabo la lectura crítica, una rigurosa pasión por la escritura. Lo uno como pretexto y requisito de lo otro. Ejercicio similar han realizado en lengua española Fernando Savater y Antonio Beneyto. El primero, "jugando" con el monólogo apócrifo en *Criaturas del aire* (Planeta, 1979), pasa revista por disímiles personajes de la literatura universal que van desde Ulises y Dulcinea hasta Sherlock Holmes y Tarzán. El segundo, dirige sus propias *Cartas apócrifas* (Devenir, 1987), entre otros, a Protágoras y "Galadalf".

No son estas cartas de Gloria Guardia de la estirpe de aquellos escritos apócrifos antiguos —como los que se atribuyen a las Sagradas Escrituras—, revestidos de hermetismo y causantes de milenarias polémicas. Son, por el contrario, textos que revelan la más pura condición humana de un selecto grupo de mujeres poseídas por una aguda sensibilidad, protagonistas de sus propios dramas y, sobre todo, estigmatizadas por la escritura como destino: Teresa de Jesús, Virginia Woolf, Teresa de la Parra, Gabriela Mistral, Simone Weil e Isak Dinesen. La confesión, la locura, la enfermedad, la solidaridad y la aventura, son algunas de las claves que van marcando el itinerario de un viaje interior, proceso de conocimiento a través de la palabra, la evocación íntima y la desnudez del espíritu. Ejercicio, en todo caso, místico de quien trasciende los meros acontecimientos, lo anecdótico, para bucear en el amor, el dolor y la muerte. La autora deja para el final a Isak Dinesen, bajo el título de

"La venganza de la verdad", significativo cierre para este libro con un personaje en sí mismo apócrifo, es decir fabuloso: la "Sherezade nórdica", baronesa Karen Blixen de Rungstedlund, maestra de la impostura, paradigma del espejo y de la polifonía: "A mí, el que ríe, tal como lee mi nombre en hebreo, me fue dada la tarea de escribir el guión que me ha dictado el Dios de la Historia. Y a usted, Baronesa, —la que desde hace años traza un rictus de sarcasmo en sus labios—, se le ha impuesto el quehacer de lanzarse con bríos a recitar los diálogos de esta comedia" (pág. 149).



Gloria Guardia se aventura con pasión en la epístola como ceremonia de purificación y de síntesis. Un solo balance vital a través de seis voces distintas. El lector, depositario gratuito de un mensaje cifrado, participa del juego literario mediante un mecanismo semejante al que dio origen a la escritura de estas cartas —apropiarse de la voz de otro—: apropiarse del oído de otro.

PATRICIA VALENZUELA R.

Libros hablados

Teoría y aplicación de las historias locales y regionales

Otto Morales Benítez

Universidad de Caldas, Manizales, 1995, 524 págs.

Dígase, para empezar, que se trata de un libro que amerita mejor edición, sin la ostensible pobreza, ineptitud o tacañería que economiza el diseño, el pa-

pel, la encuadernación y hasta la corrección de pruebas. En página 175, al final, donde debe decir *godo malo*, se lee "gordo malo", porque la "digitadora" estaba pensando en el novio. O por algún otro motivo, que induce a suspicacia: en página 182, al comienzo, donde debería decir *millares de exiliados*, aparece "militares exiliados", que no es lo mismo, sino todo lo contrario. Las erratas empañan el texto. En página 133 se sitúa el gobierno de Olaya "Herrea" en "1993". En página 82, al comienzo, dice esto: "En la mayoría de las veces, ese poder que dimanaba de la tierra con el 'gamonalismo' político social, sin límites, ni el abuso sexual".

¿Por qué iniciar una reseña informativa con las erratas? Porque es necesario sustentar la primera frase. Y porque, si las erratas de sus libros no han matado al doctor Morales Benítez, ello se debe a su resistencia física. Entre escritores, las erratas en los libros de los demás son un chiste interminable; en los propios, una pesadilla. Que no se evita con la entrega de un disquete al impresor, porque alguien se encargará de dañar lo que estaba bien. Si el autor reclama, la culpa será siempre de la computadora. No pueden producir buenos libros operarios que no han leído ninguno, "por no correr el riesgo de un derrame cerebral", como escribió Bernardo Arias Trujillo a propósito de Roberto Urdaneta Arbeláez. El lector que paga caro por un libro plagado de erratas, se siente estafado. Por eso los libros del sello Oveja Negra se pueden arrojar tranquilamente a la basura, excepto algunos de García Márquez. He hablado con editores. Responden que, puesto que los libros no se leen, nadie se da cuenta de las erratas. Y los impresores consideran como enemigo al corrector de pruebas, porque les hace "perder tiempo". El lector prefiere, entonces, el libro extranjero.

Compuesta para estudiantes de historia, futuros historiadores, la obra es una recopilación de ensayos, conferencias magistrales, discursos, prólogos, presentaciones de libros y charlas, todo encadenado por un tema que se enuncia cabalmente en el título general, y del que su autor, como buen maestro, presenta por capítulos la teoría y la práctica. Su claridad conceptual y expositiva